
De la caridad a la ciencia II. Influencias del pragmatismo y el interaccionismo simbólico en trabajo social

Ana Marcela Bueno*

Miguel Miranda Aranda
Buenos Aires: Espacio, 2013
224 páginas

En la obra *De la caridad a la ciencia*, Miguel Miranda rescata la historia de lo que ha sido el trabajo social desde su profesionalización y los pasos que dieron las pioneras para aportar a la construcción de disciplina desde principios del siglo anterior. Si bien la presente reseña se refiere al tomo II de esta obra, es necesario resaltar que en el tomo I el principal aporte es la profundización del autor en los desarrollos del trabajo social a fines del siglo XIX y comienzos del XX, en el marco del “proyecto global de las ciencias sociales”, asunto que, como bien plantea Travi en su prólogo, no se ha abordado de igual manera por ningún autor latinoamericano.

En el primer tomo, *Trabajo social: la construcción de una disciplina científica*, es clara la premisa que, según el autor, comparte el trabajo social con las demás disciplinas en su surgimiento, las cuales se interesaron por comprender la realidad y buscar alternativas de solución a la realidad del momento, que traía sus complejidades a raíz de los cambios que había en la época, como la industrialización y la generación de migraciones masivas, entre otros. Ello hizo que en esas búsquedas el trabajo social también tuviera como horizonte la lucha por una sociedad transformadora relacionada con la defensa de los derechos y la justicia social.

* Trabajadora social. Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria. Estudiante del Doctorado en Trabajo Social, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Editora de la revista *Tendencias & Retos* y docente del programa de Trabajo Social de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Representante profesoral ante el Consejo Nacional para la Educación en Trabajo Social (Conets). Delegada nacional ante el Colegiado de la Asociación Latinoamericana de Enseñanza e Investigación en Trabajo Social (Alaeits).

En general, la obra promueve la recuperación de la memoria de las pioneras norteamericanas, quienes profesionalizaron el trabajo social al llevarlo a la educación superior, haciendo que lo que se había iniciado como actividad filantrópica adquiriera un estatus profesional que pasaba por una preparación académica que permitía comprender lo que implicaba el trabajo con seres humanos, pues desde ese momento se entendía que la profesión tenía como centro las relaciones sociales y sus complejidades. En este marco, es clave la recuperación de las acciones y los aportes de Mary Richmond, Jane Adams y Gordon Hamilton, como las más destacadas.

En el tomo II, el autor nos convoca a analizar en el marco de los orígenes del trabajo social sus cercanías con perspectivas tan relevantes en el desarrollo de las ciencias sociales en Estados Unidos a principios del siglo XX, como fueron el pragmatismo y el interaccionismo simbólico. Para ello inicia sus planteamientos con la mención de Mary Richmond y sus acercamientos a la Escuela de Chicago, mediante el reconocimiento de los aportes de Mead, Dewey y otros autores que le permitieron configurar sus formulaciones acerca de lo que luego se vino a reconocer como *trabajo social individualizado*.

Así mismo, el autor se preocupa por dar cuenta del pragmatismo y sus representantes, con el fin de evidenciar la importancia de dicha perspectiva en relación con los desarrollos del momento de la profesión, todos ellos relacionados con el trabajo social individual, muy cercano a los desarrollos de la psicología, también relevantes para la pedagogía y la sociología, articulados a la Escuela de Chicago en la cual se discutían los problemas sociales que aquejaban específicamente a esta ciudad a principios de siglo.

En la presentación de los pragmatistas se concentra en Mead y Dewey, quienes fueron determinantes en asuntos como la crítica a la teoría evolucionista alejada del concepto humanista del individuo, el conductismo y el conductismo social, relevantes para los desarrollos del trabajo social individual y todo lo relacionado con el estudio del individuo respecto a la mente y los procesos mentales, la comunicación, la sociedad y la democracia, asuntos que les sirvieron a las pioneras para comprender aspectos que en su momento estaban dentro del espectro en el que desarrollaban sus disertaciones.

El reconocimiento de la influencia que tienen el pragmatismo y el interaccionismo simbólico en el trabajo social es relevante en la medida en que estas tendencias aportaron filosófica y teóricamente a la comprensión de la dimensión individual en conjunción con la sociedad del momento, lo que no era muy claro en la época. En ese sentido, es revelador identificar la

cercanía de las pioneras con la Escuela de Chicago, al retomar aprendizajes relevantes al lado de intelectuales como George Mead y John Dewey, determinantes en áreas del conocimiento como la pedagogía y la filosofía en Estados Unidos que, además, estaban como las precursoras, comprometidos con luchas políticas relacionadas con los derechos civiles de inmigrantes, mujeres y esclavos.

El esfuerzo de Miranda por evidenciar las fortalezas del origen de la profesión tiene sentido por la recuperación de la identidad profesional, que nos permite identificar los verdaderos valores que motivaban a nuestras pioneras y sus alcances que, desde lo académico, facilitaron el desarrollo profesional, en cuanto lograron establecer los alcances que la disciplina tiene, incluso desde esta época. Por un lado, con los escritos de Richmond, que hasta el día de hoy son vigentes en el aprendizaje del trabajo social; los aportes de Jane Adams, en la creación de la Escuela de Chicago, invisibilizada por prejuicios de género, y Gordon Hamilton, quien aportó elementos como el concepto de psicosocial, clave para la teoría y práctica del trabajo social de casos. Finalmente, Eveline Burns y Philip Klein creadores del primer doctorado en trabajo social en la Escuela de Columbia.

Lo que en definitiva nos ofrece Miranda en esta obra es un acercamiento profundo a los aportes de las pioneras a la disciplina en los primeros años del siglo XX, siendo un trabajo riguroso, fundamentado y referenciado en intelectuales destacados de la época, lo que evidencia un desarrollo científico y un asidero social que hacía del trabajo social una disciplina aplicada en una sociedad compleja, pero con fuertes argumentos que le dieron un lugar digno en las ciencias sociales, que no es completamente reconocido ni valorado por nosotros mismos y que, por el contrario, ha sido deformado a través de la historia.

Vale la pena acercarse a los dos tomos de esta valiosa obra, que nos remite a los orígenes de lo que es el trabajo social y sus importantes alcances desde hace cien años, pues como lo plantea Miranda, el trabajo social no es una disciplina tan joven como se nos plantea en muchos escenarios, sino que sus desarrollos fueron bastante más significativos de lo que se nos presentó en otro momento.

